

Equilibrismo orquestal

Mario Córdova



Las orquestas de cámara pequeñas, conformadas comúnmente por una docena de instrumentos de cuerda, tienen a su disposición un enorme repertorio para su accionar, no sólo poblado por piezas fáciles y taquilleras. Desde la música barroca del siglo XVIII hasta la creación actual recién salida del horno hay infinitas obras que ellas pueden abordar dando cuerpo a programas de concierto muy atractivos.

Algunos conjuntos de este tipo, sin embargo, suelen no esquivar el tentador acecho de la amplitud sinfónica y encarar proyectos que demandan el crecimiento obligado de sus planteles.

Ahí surge el dilema nada fácil de solucionar sobre cuánto y cómo debe crecer una orquesta



Medina y su corno di bassetto.

de tan reducido tamaño para interpretar dignamente obras de mayor robustez, demandante del obligado añadido de instrumen-

tos de viento y percusión muy vibrantes.

Con la presentación de obras de Beethoven y Mozart, en la

más reciente fecha de su temporada, la Camerata de la Universidad de los Andes enfrentó ese problema con dificultades no resueltas del todo. Ello porque ante el agregado ineludible de una decena de vientos el crecido contingente de cuerdas no fue aumentado lo suficiente para lograr una respuesta general de sonoridad equilibrada.

La obertura "Coriolano", que abrió la jornada, marcó los momentos más críticos de la jornada. La excelente dirección de Giovanni Panella empapó la obra de energía, pero el todo orquestal se percibió avasallado por unas trompetas y cornos que prácticamente aplastaron a unos violines que en su modestia numérica parecían no poder dar más.

La otra obra beethoveniana,

la Sinfonía N° 8, aminoró el problema del equilibrio sonoro, debido a la menor potencia anímica que transmitió la batuta de Panella, y a la diversidad temática de una partitura que da más cabida a la gracia y el sosiego instrumental.

Sin aquellos desequilibrios, el Concierto para clarinete de Mozart fue lo mejor del programa, dominando allí el cálido encanto melódico, participando un cuerpo de vientos más reducido y colaborativo. El punto más alto se vivió en el Adagio central, en que el solista David Medina (estrenó la versión original más grave para corno di bassetto) fue la estrella del virtuosismo. Brindó un Adagio definitivamente sublime, acompañado por una Camerata Uandes muy eufónica y un director iluminado.